

tres años; y como ya está hecho lo más, he aquí que viene un día el saqueo del palacio de un marqués, en cuadrilla, con asesinato del dueño...

La sociedad se conmueve.

Ese hombre—dice frunciendo el ceño ante el asesino—estorba ya. Venguémonos; ha terminado su carrera.

Y, efectivamente, entra poco después en el calabozo; le pesan y le miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenía la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba el *Helaldo*; ni recuerdan que la ferocidad de su sonrisa con dientes de caballo había sido primero «en boca de niño, sonrisa de amor.»

—¡Criminal nato! gritan los antropólogos.

Porque eso sí, la ciencia es rotunda. Ha terminado su carrera. Se le viste la hopa y el birrete de los ajusticiados.

Es decir, la toga.

.....

Cuando menos eso me pareció á mí una tarde muy triste, en que yo pude contemplar á un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto á un palo, agarrotado por el pescuezo y con la lengua afuera.

Tenía yo también recién ganada mi toga, y no sé qué extraños giros de pensamientos hicieronme ver un poco de vergüenza en mi traje talar y un poco de grandeza entre los pliegues de aquella túnica que envolvía á aquel muerto con la cabeza tronchada y el gesto de apocalíptico reproche...

¡Quizá emprendimos la *carrera* al mismo tiempo! Yo, en el regazo de mi madre. Él, en el desprecio de la humanidad.

Y me estremecí al pensar que, si hubiese sido lo contrario, yo sería entonces el ahorcado, y el ahorcado el doctor.

FELIPE TRIGO *

* Distinguido novelista español contemporáneo cuyas obras de refinada psicología morbosa, son leídas con avidez actualmente en todo el mundo.

Religión y negocio

Toda religión, en último término, es una empresa comercial; pero, entre todas las entidades de ese género, la Iglesia católica romana se muestra seguramente la más cínica, la que más descaradamente presenta su mercancía.

«No hay dinero, no hay suizo», hace decir el buen La Fontaine al cura que calculaba lo que le producía el difunto al que dedicaba *oremus* y responsos. «Por dinero baila el perro», como dice la malicia popular.

Nada más cierto; los mismos interesados lo declaran... de sobre mesa, cuando entre los vapores del vino y la alegría de las carcajadas refieren sus hazañas.

Recuerdo entre muchas la historia de un muerto que se disputaron tres curas vecinos. Es de notar que sobre todo los muertos enriquecen á tales vividores: el negocio eclesiástico es

macabro. Se trataba de un rico, por supuesto; si no ¿quién se hubiera ocupado de él? Acababa de morir en una casa situada exactamente en los confines de tres parroquias, de tal manera, que las líneas de demarcación se cruzaban sobre el plano en la cámara y precisamente en el sitio que ocupaba el lecho del difunto. En aquel caso, ¿á quién correspondía el cuidado y sobre todo el beneficio de las exequias? Se discutió largo y tendido; fueron consultados los teólogos del seminario, los canónigos, los predicadores de más fama, el obispo y hasta el arzobispo. Entre discusiones y consultas corrían las horas, habían sido ya excedidos los plazos convenientes para la ceremonia fúnebre, hasta que la autoridad comunal, cuidadosa por la higiene, intervino cerca de la familia, la cual, cansada de ir de Herodes á Pilatos, tomó su resolución. Resultado un gran entierro